

MARZO

EVANGELIOS DOMINICALES Y CELEBRACIONES DE IGLESIA

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 05.03.2023

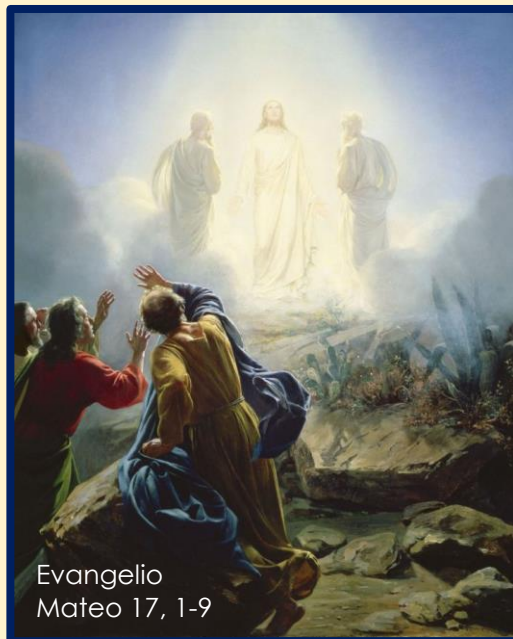
La Palabra (Extracto de Mateo 17, 1-9)

Seis días después, tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, los llevó a una montaña muy alta a solas y se transfiguró en su presencia. Su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con Jesús. Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres hago tres tiendas: Una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.”

Aún estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y una voz desde la nube decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escúchenlo.”

Al oír esto, los discípulos cayeron rostro en tierra, llenos de miedo. Jesús se acercó, los tocó y les dijo: “Levántense, no tengan miedo.”

Al levantar la vista no vieron a nadie más que a Jesús. y cuando bajaban de la montaña, Jesús les ordenó: “No cuenten a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.”



Evangelio
Mateo 17, 1-9

Transfiguración de Jesús. Carl Bloch, 1872

Una reflexión para la vida de familia

Cada vez que revisamos este texto resalta la intención de Jesús de mostrar su divinidad en una visión a sus discípulos, escogidos previamente. Podemos pensar que su intención era confirmar la fe que estos discípulos depositaban en Él, mostrándoles parte de su realidad, oculta por su naturaleza humana asumida. Así podrían ser baluartes para confirmar en la fe a quienes formaban el grupo de seguidores del Señor, lo que podría ocurrir en cualquier momento, dado que las autoridades intentaban acallarle de cualquier manera. Por lo mismo, al bajar de la montaña les manda, no contar a nadie lo que habían vivido, hasta que resucitara de entre los muertos.

Sabemos por la historia como fue la respuesta de estos hombres. Simón Pedro le negó expresamente en el momento trágico de su detención y Juan reconoció hidalgamente

que aún así mantenían dudas, pues al momento de ir al sepulcro, junto con Pedro, para ver lo que las mujeres les habían comunicado, entrando a la tumba de Jesús, vio y creyó. De ello da testimonio en su evangelio, donde lo puso explícitamente por escrito.



La Transfiguración. Giovanni Bellini, 1480.

Si ellos que vivieron esta experiencia directamente, oyendo incluso la voz del Padre que desde la nube daba testimonio de que Jesús era su Hijo amado, aún mantenían ciertas dudas que no se disiparon hasta verle resucitado, ¿cuánto más les habrá costado al resto de sus seguidores?

Por eso Jesús resucitado en el encuentro con Tomás le dice: *“¿Has creído porque me has visto? Dichosos los que han creído sin haber visto.”* (Jn 20, 29)

El Señor es comprensivo con nuestra realidad humana y sabe cuánto nos cuesta creer. Por eso no nos castiga por nuestra incredulidad y siempre nos da una nueva oportunidad para acogerle en nuestro corazón. *“Él nunca se cansa de amarnos, de soportarnos, de perdonarnos, y así, nos acompaña en el camino de la vida... Jesús nos ama siempre, hasta el final, sin límites y sin medida. Y nos ama a todos... Jesús permanece fiel, incluso cuando nos hemos equivocado, y nos espera para perdonarnos...”*. (Papa Francisco, Homilía 21 de junio de 2015)

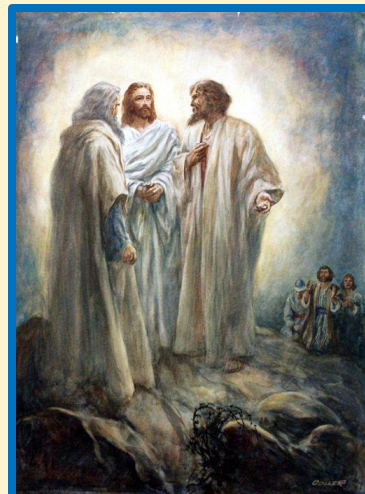
¿Cuál es la respuesta que le damos quienes no hemos vivido directamente la transfiguración y creemos en base a los testimonios de quienes sí estuvieron presentes cuando ello ocurrió?

Por el comportamiento de los hombres (varones-mujeres) de nuestro tiempo, podemos decir que la fe que poseemos está lejos de lo que el Señor nos pide. Y lo más importante es que nuestros esfuerzos no están centrados en esforzarnos por crecer en una dimensión creyente y, muy por el contrario, llegamos incluso a negar lo evidente.

A través de nuestra historia también el Señor se ha hecho presente en visiones que han vivido ciertas almas privilegiadas, pero no sólo para su gozo personal, sino para que sean testigos de aquellas realidades que nuestra naturaleza humana está impedida de contemplar directamente, salvo que, por privilegio especial, Dios lo permita. Y en cada una de ellas nos deja un mensaje que nos habla de su amor por sus criaturas y de cómo su Divino Corazón aguarda nuestra determinación de adherirnos a Él.

De igual manera y en muchas más ocasiones, su santa Madre se ha presentado también a almas privilegiadas con una intención, que los hombres (varones-mujeres) se conviertan, cambien el rumbo de sus vidas para unirse al Corazón de su Hijo amado,

llegado por nuestras continuas ofensas, desprecios, indiferencias, rechazos y una tozudez enfermiza de creernos dueños y señores del universo, haciendo ostentación de nuestra soberbia que no rinde cuentas a nadie.



Hoy con el bagaje de enseñanzas que nos dejó el Señor por su paso en medio nuestro, el testimonio escrito que han dejado quienes le acompañaron durante su vida pública, las visiones de quienes han tenido el privilegio de verle y dialogar con Él y de ver y dialogar con su santa Madre, más el compromiso contraído por cada bautizado de ser un testigo fiel de estas realidades, ha llegado el momento de dar una respuesta a su amor que no cesa de ofrecernos. ¿Qué le diremos? ¿Creo, Señor, pero aumenta mi fe o, con un corazón indiferente, le daremos la espalda porque no nos sentimos cuestionados?

Meditemos acerca de la experiencia vivida por esos discípulos, actualizándola con las palabras que nos han dejado, para auscultar en nuestra propia vida, las veces que el Señor se nos ha revelado, por la voz de los pastores, la vivencia obtenida en la vida comunitaria, el auxilio de los sacramentos y sobre todo en la vivencia de cada Eucaristía, en que podemos experimentar la más plena unión con el Señor. Expresión máxima de su amor por cada uno de cuanto estén dispuestos a acogerlo, en este misterio sacrosanto.

Pidamos a Jesús, Señor de la vida confirme nuestra fe, para ser testigos creíbles de su presencia viva en el mundo, a partir de nuestra propia familia.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Qué provoca en mí la experiencia vivida por estos discípulos?
- ¿Hemos sentido en la propia experiencia la presencia cercana del Señor?
- ¿Cómo recibo las apariciones del Señor y su santa Madre; un aviso del cielo?
- ¿Me siento un testigo creíble de su presencia y así doy testimonio?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escúchenlo.

Mateo 17, 5

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 12.03.2023

La Palabra (Extracto de Juan 4, 5-15.19-26.39-42)

Jesús llegó a un pueblo llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba también el pozo de Jacob.

Jesús, fatigado por la caminata, se sentó junto al pozo. Era casi mediodía. En esto, una mujer samaritana se acercó al pozo para sacar agua. Jesús le dijo: “Dame de beber.”

Los discípulos habían ido al pueblo a comprar alimentos. La samaritana dijo a Jesús: “¿Cómo es que tú, siendo judío te atreves a pedirme agua a mí, que soy samaritana?” (hay que señalar que judíos y samaritanos no se trataban).



Jesús le respondió: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda que tú misma me pedirías a mí y yo te daría agua viva.” Contestó la mujer: “Señor, si ni siquiera tienes con que sacar el agua, y el pozo es profundo, ¿de dónde vas a sacar esa <agua viva>. Nuestro padre Jacob nos dejó este pozo del que bebió el mismo, sus hijos y sus ganados. ¿Acaso te consideras más importante que él?” Jesús contestó:

“Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; en cambio, el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed. Porque el agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial que conduce a la vida eterna.” Entonces la mujer exclamó: “Señor, dame de esa agua para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacar agua.”

La mujer contestó: “Señor, veo que eres profeta. Nuestros antepasados rindieron culto a Dios en esta montaña; en cambio ustedes los judíos, dicen que es en Jerusalén donde hay que dar culto a Dios.” Jesús respondió: “Créeme, mujer, está llegando la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en que, para dar culto al Padre, no tendrán que subir a esta montaña ni ir a Jerusalén. Ustedes los samaritanos, no saben lo que adoran; nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salvación viene de los judíos. Ha llegado la hora en la cual los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. El Padre quiere ser adorado así. Dios es espíritu, y los que adoran deben hacerlo en espíritu y verdad.” La mujer le dijo: “Yo sé que el Mesías, es decir, el Cristo, está a punto de llegar; cuando el venga nos lo explicará todo.” Entonces Jesús le dijo: “Soy yo, el que está hablando contigo.”

Muchos de los habitantes de aquel pueblo creyeron en Jesús por el testimonio de la samaritana, que atestiguaba: “Me ha dicho todo lo que he hecho.”

Por eso, cuando los samaritanos llegaron donde estaba Jesús le insistían en que se quedara con ellos, y permaneció con ellos dos días. Al oírle personalmente, fueron muchos más los que creyeron en Él; de modo que decían a la mujer: “ya no creemos en Él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que Él es verdaderamente el Salvador del mundo.”

Una reflexión para la vida de familia

La experiencia que San Juan nos narra del encuentro de Jesús con la mujer samaritana, deja de manifiesto que el Señor no se deja llevar por el qué dirán o las simples costumbres, aunque éstas estén arraigadas en la fe.

Por eso al llegar a Sicar, donde estaba el pozo de Jacob y dado que se encontraba sediento, se dirige a ella pidiéndole un poco de agua. Ante la sorpresa de ella porque un judío le dirigiera la palabra, pues ambos pueblos judíos y samaritanos no se hablaban, Jesús no se inmuta y escucha su argumentación antes de proseguir: *“¿Cómo es que tú, siendo judío te atreves a pedirme agua a mí, que soy samaritana? Entonces le dijo: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda que tú misma me pedirías a mí y yo te daría*



agua viva.” Ante la incredulidad de la mujer que le dijo: “Señor, si ni siquiera tienes con que sacar el agua, y el pozo es profundo, ¿de dónde vas a sacar esa <agua viva>. Jesús le respondió: “Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; en cambio, el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed. La mujer concluyó: “Señor, dame de esa agua para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacar agua.”

Este hermoso diálogo nos hace presente una realidad que vive el hombre (varón-mujer) en la actualidad, con la diferencia que no nos dejamos interpelar por el Maestro, como ocurrió con la mujer que no le dio la espalda, aunque su costumbre se lo imponía y entabló el diálogo con Él.

Hoy también nosotros tenemos el agua viva que mana del corazón de Cristo llagado por la lanza y podemos acceder a ella mediante los sacramentos, pero nuestra soberbia, nuestro orgullo de creernos autosuficientes, nos impiden acercarnos a ellos.

El Bautismo que recibimos de niños, cuando aún no podíamos tomar de terminaciones haciéndolo nuestros padres a nombre nuestro, nos conectó con dicha fuente, pero con el correr de los años, al no tener una orientación clara nos fuimos despegando de ella y comenzamos a tener sed. Ello lo expresamos de diversas maneras, pero una muy clara será el anhelo de felicidad. Así ha pasado el tiempo y cuando tuvimos la ocasión de manifestarnos tampoco lo hicimos, que es el momento de la Confirmación con la que completamos nuestro propio Bautismo, cuando no pudimos decidir.

Por eso encontramos tanta gente que, aún diciéndose cristianos no está confirmados. Vale decir, no se han pronunciado específicamente al Señor y se han quedado como simpatizantes de su doctrina. La adhesión a Cristo requiere demos este paso, para inscribirnos en su Divino Corazón, bebiendo de la fuente permanente de su vida, para que

en nuestro interior crezca ese manantial que mitigue nuestra sed de eternidad que sólo Él nos puede dar, pues se alimenta de su ser. Cristo es el agua viva que purifica y da vida. Aquellos que tienen sed de salvación pueden saciarla gratuitamente en Jesús, y el Espíritu Santo se convertirá en él o ella en una fuente de vida plena y eterna. Cristo, Cordero inmolado y resucitado, es la fuente de la que mana el Espíritu Santo, que perdona los pecados y regenera la nueva vida. (Papa Francisco Ángelus 15 de marzo de 2020)



La mujer lo identifica como voz de Dios, un profeta, y le argumenta que una de las divisiones entre los dos pueblos está en el rito de adoración. Por eso le dice: “Nuestros antepasados rindieron culto a Dios en esta montaña; en cambio ustedes los judíos, dicen que es en Jerusalén donde hay que dar culto a Dios.” A lo que Jesús respondió: “Créeme, mujer, ... Ha llegado la hora en la cual los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. El Padre quiere ser adorado así. Dios es espíritu.”

No es que Jesús rechace el culto que se le rinde a Dios en el templo u otro lugar, sino nos hace ver que desde un principio Él ha querido sostener una relación personal y transparente con sus criaturas, pero éstas no siempre responden en la medida del querer de Dios.

En este pasaje el Señor nos deja claro que Él está disponible en todo momento para relacionarse con el hombre, pero es éste quien debe dar el paso, pues jamás le obligará ya que le ha hecho libre. No despreciemos la oportunidad.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Creemos que en el Señor encontramos la fuente para saciar nuestra sed?
¿Hemos completado nuestro Bautismo con la Confirmación o aún no?
¿Cómo es mi relación con Él? ¿Una vez a la semana, todos los días o lejana?
¿Cuál es mi acto de adoración al Señor más específico? ¿No lo tengo?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Díacono Ronal Salvo Olave.

El que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed. Porque el agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial que conduce a la vida eterna.

Juan 4.14

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 19.03.2023

La Palabra (Extracto de Juan 9, 1.6-9.13-17.34-38)

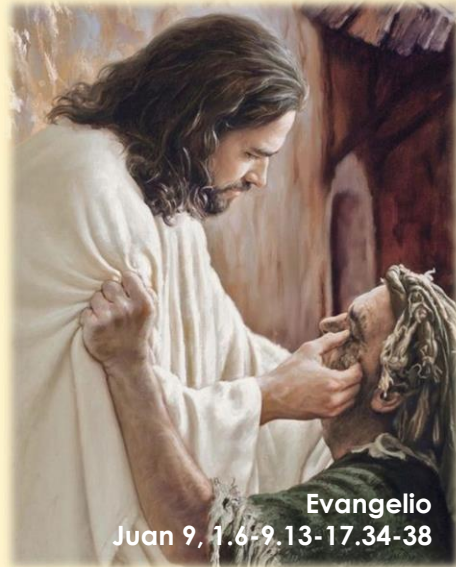
Mientras caminaba, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento...Jesús escupió en el suelo, hizo un poco de lodo con la saliva y lo extendió sobre los ojos de aquel hombre. A continuación le dijo: *“Ahora ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa <Enviado>).”* El ciego fue, se lavó y, cuando regresó, ya veía.

Sus vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, comentaban: *“¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?” ...*

Llevaron ante los fariseos al hombre que había estado ciego, pues el día que Jesús había hecho lodo con su saliva y había dado vista al ciego, era sábado. Por eso los fariseos preguntaban a aquel hombre cómo había obtenido la vista. Él les contestó: *“Extendió un poco de lodo sobre mis ojos, me lavé y ahora veo.”* Algunos de los fariseos decían: *“Este hombre no puede venir de parte de Dios, porque no respeta el sábado.”* Pero otros se preguntaban: *“¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos signos?”* Esto provocó división entre ellos. Entonces volvieron a preguntarle: *“¿Qué opinas tú sobre el que te dio la vista?”* Respondió: *“Que es un profeta.” ...*

Ellos respondieron: *“¿Es que pretendes darnos lecciones a nosotros, tú que estás lleno de pecado desde que naciste?”* Y lo echaron fuera.

Jesús se enteró de que lo habían echado fuera, y cuando se encontró con él, le preguntó: *“¿Crees en el Hijo del hombre?”* El ciego preguntó: *“Y ¿quién es, Señor, para que pueda creer en él?”* Jesús le contestó: *“Ya lo has visto. Es el que está hablando contigo.”* Entonces aquel hombre dijo: *“Creo, Señor”*



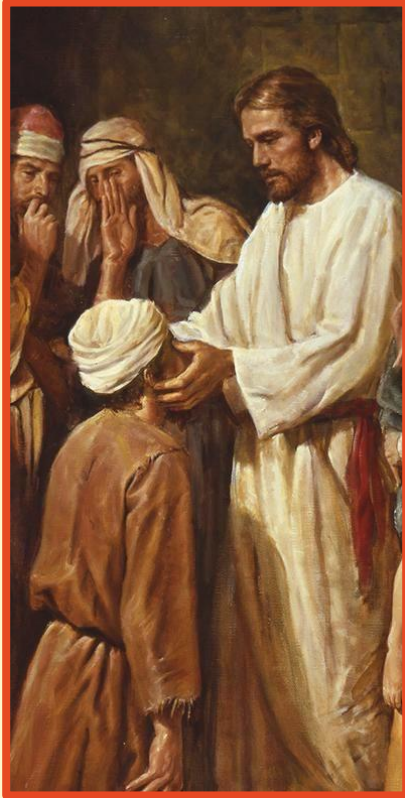
Una reflexión para la vida de familia

Una vez más el Señor Jesús no muestra con su actuar aquello que nos pide tener como actitud frente al mundo que nos rodea, pues no actuamos por iniciativa propia, sino en respuesta a solicitudes.

Él, que es la luz del mundo, está siempre disponible para hacernos ver la luz, lo que grafica con su gesto. Sin que medie solicitud alguna de parte del afectado por la ceguera, que la tenía asumida por haber nacido así, actúa frente a sus seguidores para mostrarles su realidad de enviado por el Padre y lo hace con un gesto que les llama la atención, aparte de hacerlo exprofeso el día sábado.

Escupe en el suelo, hace un poco de lodo con la saliva y el barro resultante lo pone sobre los ojos del ciego. Luego le manda a que se lave en la fuente cercana. El ciego lo hace con ayuda de los presentes y ocurre el milagro, sus ojos ven la luz por vez primera.

Seguramente esto fue un impacto para los presentes y para los judíos que respetaban el sábado, por eso en lugar de dar gloria y alabanza a Dios por el prodigio contemplado, llevaron al que ahora veía a la presencia de los fariseos. Éstos le interrogaron acerca de los hechos y él sólo sabía que le habían ensuciado los ojos y le habían mandado lavarse y al hacerlo pudo ver.



En el intertanto los fariseos discutían entre sí, pues según ellos alguien que hiciera un trabajo así estaba contra la ley y no vendría de Dios. Otros argumentaban que si era un pecador no podría hacer esos signos. Así las cosas, el que ahora veía no entendía nada, por eso cuando volvieron a interrogarle: “¿Qué opinas tú sobre el que te dio la vista?” Respondió: “Que es un profeta.” Esto bastó para enfurecerles más y le echaron fuera.

Al encontrarse Jesús con él le pregunto: “¿Crees en el Hijo del hombre?” El ciego preguntó: “Y ¿quién es, Señor, para que pueda creer en él? Jesús le contestó: “Ya lo has visto. Es el que está hablando contigo.” Entonces aquel hombre dijo: “Creo, Señor”

Podemos preguntarnos: ¿Cuántas veces a lo largo de nuestra vida hemos invocado al Señor? Y, ciertamente, más de alguna vez hemos experimentado su Providencia. Pero no le reconocemos como la luz que alumbra nuestros pasos y nos mantenemos alejados y, muchas veces, sin haberle expresado nuestro agradecimiento.

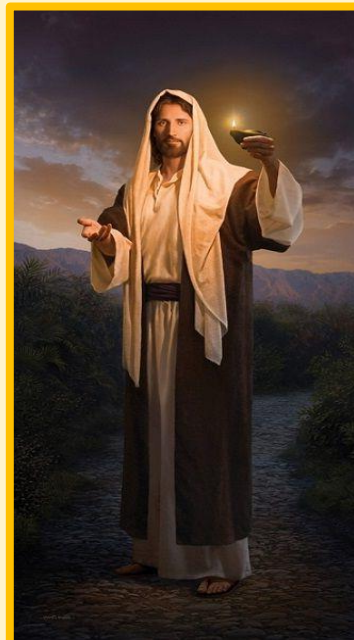
¿Qué nos falta para creer definitivamente en Él y ponerlo en el centro de nuestra vida personal y familiar, para hacerlo presente en aquellos lugares en que se ignora su presencia o lisa y llanamente, libre y voluntariamente se niega su existencia?

Jesús es el centro de la creación; y así la actitud que se pide al creyente, que quiere ser tal, es la de reconocer y acoger en la vida esta centralidad de Jesucristo, en los pensamientos, las palabras y las obras... Cristo es el centro de la historia de la humanidad, y también el centro de la historia de todo hombre. A él podemos referir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias que entretengan nuestra vida. Cuando Jesús es el centro, incluso los momentos más oscuros de nuestra existencia se iluminan, y nos da esperanza... (Papa Francisco, Homilía 24 de noviembre de 2013).

En muchas ocasiones nos comportamos como los fariseos del tiempo de Jesús que, frente a lo evidente, escondemos la cara y no nos atrevemos a dar testimonio de nuestra fe, por vergüenza, el qué dirán, ser criticados o dejados de lado; por nuestro actuar coherente con lo enseñado por Aquel que es la Luz del mundo.

Él nos llama a seguirle, siendo consecuentes con su enseñanza, pero también nos pide ser luz para todos cuantos están ciegos y caminan junto a nosotros. En ocasiones son parte de nuestro círculo de amigos o conocidos. Sin olvidar que la primera prioridad ha de estar centrada en los nuestros: cónyuge, hijos, nietos, parientes cercanos o que nos son cercanos por otros motivos. Todos ellos son el campo de acción que el Señor pone a nuestro alcance para iluminarlos y acercarlos a la fuente de la luz, Jesucristo.

Ciertamente que ello nos plantea un nivel de exigencia mayor, como ocurre con las baterías que con el uso o el correr del tiempo se descargan. Nosotros también hemos de renovar nuestras fuerzas, recuperar nuestra energía y, ¿dónde podemos o debemos hacerlo?



En el Corazón de Jesús, nuestro Dios y Señor. En la medida que estemos unidos a Él, que bebamos de la fuente de su enseñanza, que nos alimentemos de su amor a través de los sacramentos, no nos faltará el coraje, la sabiduría, el empuje, para ser testigos de su presencia viva, dando un testimonio creíble con nuestro actuar.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Hemos dado gracias alguna vez por el don de la vista recibido gratuitamente?
- ¿Estamos conscientes que hay una ceguera del alma que a veces nos afecta?
- ¿Hacemos algo para ser testigos de la luz que emana de Jesucristo?
- ¿Siento que estoy en deuda con el don recibido de la visión espiritual?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Díacono Ronal Salvo Olave.

Creo, Señor.

Juan 9, 38

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 26.03.2023

La Palabra (Extracto de Juan 11, 1-45)

Un hombre, llamado Lázaro, estaba enfermo. Sus hermanas mandaron a Jesús este mensaje: “Señor, tu amigo está enfermo.” Jesús al enterarse dijo: “Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios.” Por eso, aunque amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro se quedó dos días más. Pasado ese tiempo dijo a sus discípulos: “Vamos otra vez a Judea.” ...

A su llegada, Jesús se encontró con que hacía cuatro días que Lázaro había sido sepultado. ... Marta dijo a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero, aun así, yo sé que todo lo que pidas a Dios, Él te lo concederá.” Jesús le respondió: “Tu hermano resucitará.” Marta le dijo: “Ya sé que resucitará cuando tenga lugar la resurrección de los muertos, al final de los tiempos.” Entonces Jesús afirmó: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que esté vivo y crea en mí, jamás morirá. ¿Crees esto?” Ella contestó: “Sí, Señor; yo creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo.” ... Jesús ordenó: “Retiren la piedra a un lado.” Marta le dijo: “Señor, tiene que oler muy mal, porque ya hace cuatro días que murió.” Jesús le contestó: “¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?” Luego dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas; pero si hablo así es por los que están aquí, para que crean que Tú me has enviado.” Luego exclamó con fuerte voz: “Lázaro, sal fuera.” El muerto salió del sepulcro. Tenía las manos y los pies vendados y la cara envuelta en un sudario. Jesús dijo: “Quítenle las vendas para que pueda caminar.”



La resurrección de Lázaro. Barroeta y Anguisolea, Juan de, 1855

Una reflexión para la vida de familia

En su peregrinar, Jesús había hecho amigos que le acogían cuando llegaba a su pueblo. Es el caso de los hermanos de Betania, Lázaro Marta y María, los que con seguridad visitaba cuando llegaba a dicho pueblo. Por ese motivo, cuando Lázaro cayó, sus hermanas mandaron recado a Jesús para que lo visitara, pero Él no lo hizo. Cuando sus cercanos se lo comunicaron respondió: “Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios.”

Pasado un par de días dijo a sus discípulos: “Vamos otra vez a Judea.” Pero al llegar allá, ya habían pasado cuatro días desde que Lázaro fue sepultado. Por eso Marta le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero, aún así, yo sé que todo lo que pidas a Dios, Él te lo concederá.” Era su fe en Él pidiendo el descanso eterno para su hermano. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará.” Ella le dijo: “Ya sé que resucitará cuando tenga lugar la resurrección de los muertos, al final de los tiempos.” Pero Jesús afirmó: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que esté vivo y crea en mí, jamás morirá. ¿Crees esto?” Ella respondió: “Sí, Señor; yo creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo.”



La resurrección de Lázaro. García Martínez, Juan. 1856

Después de este diálogo Jesús ordenó retirar la piedra que cubría la entrada del sepulcro y Marta se adelantó diciendo: “Señor, tiene que oler muy mal, porque ya hace cuatro días que murió.” A lo que Jesús respondió: “¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?” Luego elevando sus ojos dio gloria al Padre porque siempre le escuchaba, pero aclarando que lo hacía para que los presentes, contemplando el prodigio que estaba a

punto de hacer, creyeran en Él como enviado del Padre. Luego con gran voz gritó: “Lázaro, sal fuera.” En medio del silencio y el estupor de los presentes, el que había estado muerto, salió y Jesús ordenó le quitaran las vendas.

Podríamos pensar que con ese milagro debieran haber terminado los problemas que el Señor encontraba en su predicación, sobre todo de parte de las autoridades religiosas, pero no fue así; la historia nos lo confirma. Pero no es algo que sólo ocurrió en tiempos de Jesús, pues hoy apoyados en los avances de la ciencia y en el desarrollo de la tecnología, nuestra soberbia y nuestro orgullo nos llevan a negar lo evidente.

Por ello nos cuesta aceptar la conversión que nos pide el Señor, pues consideramos que no tenemos necesidad de ella ya que obnubilados por ciertas ideologías y propuestas que ponen la inteligencia del hombre como la rectora de las conductas humanas, sería el hombre quien debe definir, sin temor a equivocarse, dónde está el bien y donde el mal.

Con ello se pretende negar el ordenamiento original de la creación y la ley natural en ella inscrita. Mucho más la ley proveniente de un ser del que se niega su existencia, se le desprecia, se le ignora y frente a su realidad se peca de indiferencia.

Pero para el creyente lo que nos trae de la Escritura es la verdad acerca del paso del Hijo de Dios por en nuestra historia y como su amor le llevó a asumir nuestra existencia, haciéndose igual a nosotros, menos en el pecado, para enseñarnos como debemos

actuar en las diversas situaciones que debemos enfrentar a lo largo de nuestra vida. Somos discípulos de Aquél que vino, que viene cada día y vendrá al final. Si lográsemos tener más presente esta realidad, estaremos menos cansados de lo cotidiano, menos prisioneros de lo efímero y más dispuestos a caminar con corazón misericordioso por el camino de la salvación. (Papa Francisco, Audiencia 4 de diciembre de 2013)

Así, frente al temor a la muerte y la desesperación que se produce en muchos frente a esa realidad, el Señor nos asegura que allí no está dicha la última palabra, pues ésta radica en Dios y en su infinita misericordia que no nos hizo para sucumbir como polvo que lleva el viento, sino nos ha hecho para su eternidad.

Que debemos trabajar y esforzarnos para entrar por la puerta estrecha, es una verdad que el mismo Señor se ha encargado de señalarnos, pero también nos ha asegurado que Él es la vida y que quien se una a Él podrá gozarla en plenitud en el reino del Padre. Lo dicho a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida... Crees esto?” espera nuestra respuesta. ¿Tendrá que insistir el Señor diciéndonos?: “¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?”

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Qué experimentamos en nuestro interior frente a la actitud de Jesús?
- ¿Cuál es nuestra actitud frente a la muerte o la enfermedad que lleva a ella?
- ¿Considero lógico que las personas se desesperan frente a este hecho?
- ¿Estamos preparados para enfrentar nuestro instante final o tenemos temor?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.



*Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque
haya muerto, vivirá; y todo el que esté vivo y crea en mí,
jamás morirá.*

Juan 11. 25